

L E T A N I A

Stephen Vincent Benét
(1898-1943)

Gran poeta norteamericano, novelista y escritor de nota. Ganador de diversos premios de poesía en la que describió el drama de la vida moderna, como puede verse en este poema suyo que presentamos.

Por todos los apaleados, por las cabezas rotas,
los desheredados, los simples, los oprimidos,
los fantasmas de la ciudad en llamas de nuestro tiempo...

Por los llevados en rápidos autos a las permanencias y apaleados
allí por los muchachos listos, los muchachos de los puños de caucho,
agarrados y golpeados mientras la mesa les corta los lomos.

O pateados en la ingle y dejados, con los músculos brincando
como una gallina descabezada en el piso del matadero.
Mientras traían al siguiente con los ojos mirando despavoridos.
Por los que todavía decían "Frente Popular" o "Viva el Rey"
y por los que no eran valientes,
pero fueron apaleados de todos modos.
Por los que escupen sangrantes pedazos de dientes
en silencio en la sala,
duermen bien sobre piedras o hierro, aguardan el momento
y matan al guardia en el escusado antes de morir a su vez,
los de los ojos hundidos y la lámpara ardiendo.

Por los que ostentan cicatrices, los que cojean, por aquellos
cuyas tumbas anónimas se cavan en el patio de la cárcel
y se les nivela la tierra antes de amanecer y les echan cal.

Por los asesinados de una sola vez. Por los que viven meses y años
soportando, alertas, esperando, yendo diario
al trabajo o a la fila del pan o al club secreto,
y viven entretanto, tienen hijos, meten rifles de contrabando
y los descubren y los matan al fin como ratas en una cloaca.
Por los que logran escapar
milagrosamente al destierro y a la vida errante, lejos,
por los que viven en cuartuchos de ciudades extranjeras
y recuerdan todavía la patria, los extensos gramales,
y las voces de la infancia, la lengua, el olor del viento entonces,
la forma de los cuartos, el café bebido en la mesa,
las lápidas con nombre donde ellos no serán enterrados
ni en ninguna en aquella tierra. Sus hijos son ya extranjeros.

Por los que hacían planes y eran líderes, y fueron derrotados,
y por aquellos, humildes y estúpidos, que no tenían plan,
pero fueron denunciados, pero se enfurecieron, pero contaron un
pero no pudieron explicar, pero fueron despachados al campo (chiste
(de concentración,
pero sus cadáveres fueron embarcados de vuelta en sellados ataúdes,
"Muerto de pulmonía", "Muerto tratando de escapar".

Por los cultivadores de trigo que fueron tirados junto a sus propios
(manojos de trigo,
por los cultivadores de pan desterrados a los desiertos cercados
(de hielo,
y su carne recuerda sus trigales.

Por los denunciados por sus propios maicas, horrendos hijos,
a cambio de una estrella de pipermin y la alabanza del Estado
(Perfecto,
por los estrangulados o los castrados o solo muertos de hambre
para formar estados perfectos, por el sacerdote ahorcado con sotana,
el judío con el pecho aplastado y los ojos agónicos,
el revolucionario linchado por la policía secreta,
para formar Estados Perfectos, en nombre de los Estados Perfectos.

Por los traicionados por sus vecinos con quienes estrechaban las
(manos,
y por los traidores, sentados en la incómoda silla,
con el sudor a chorros enredándole el pelo y los dedos nerviosos
mientras dicen la calle y la casa y el nombre del hombre.
Y por aquellos que estaban sentados a la mesa en su casa
con la lámpara encendida y los platos y el olor de la comida,
hablando tan quedo, cuando oyen ruido de autos

y golpes en la puerta y deprisa se miran los unos a los otros.
Y sale la mujer a la puerta con cara rígida,
alisándose el vestido.

"Todos aquí somos buenos ciudadanos.
Creemos en el Estado Perfecto".

Y aquella fue la última vez
que Tony o Karl o el Chato vinieron a la casa
y la familia fue liquidada más tarde.
Fue la última vez.

Oímos los tiros en la noche,
pero al siguiente día nadie sabía lo que había sucedido,
y un hombre tiene que ir a su trabajo. Así que no lo ví,
por tres días, entonces, y yo ya al trastornarme,
y todas las patrullas, en las calles con sus cochinos rifles,
y cuando volví parecía borracho y lleno de sangre.

Por las mujeres que lloran a sus muertos en la noche secreta,
por los niños a quienes hay que enseñarles a no hablar, niños
(envejecidos,
los niños estúpidos en las escuelas.

Por el laboratorio destruido,
la casa saqueada, el retrato cagado, el pozo meado,
el desnudo cadáver de la Ciencia tirado en la plaza
sin que nadie levante la mano, sin que nadie hable.

Por el frío de la cacha del revólver y el fogonazo de la bala,
por la cuerda que ahorca, las esposas que maniatan,
la ronca voz, metálica, que grita mentiras desde mil radios
y las tartamudas ametralladoras que responden a todo.

Por el hombre crucificado en las ametralladoras en cruz,
sin nombre, sin resurrección, sin estrellas,
su cabeza ennegrecida bajo el peso de la muerte y su carne ya
(salada
con el olor de sus muchas prisiones —Juan Pérez, Juan Quidam,
Juan Nadie —oh, rómpete la cabeza para dar con su nombre.

Sin rostro como el agua, desnudo como el polvo,
deshonrado como la tierra que las bombas de gas envenenan.
y bárbaro entre portentos.

Este es él,
éste es el hombre que se comieron en la mesa verde,
poniéndose los guantes para no tocar su carne,
éste es el fruto de la guerra, el fruto de la paz,
la madurez de la invención, el Cordero de ahora,
la respuesta que la sabiduría da a los sabios.
Y todavía está colgado y no muere todavía,
y todavía, en la ciudad de acero de nuestros días,
la luz se apaga y la sangre espantosa se desborda.

Creímos ya concluidas estas cosas, pero nos engañamos.
Creímos que, teniendo poder, teníamos también sabiduría.
Creímos que el largo tren llegaría hasta la plenitud de los tiempos.

Creímos que la luz aumentaría.
Ahora el largo tren está descarrilado y los bandidos lo saquean,
ahora el jabalí y el áspid tienen poder en nuestro tiempo.
Ahora la noche retrocede hacia Occidente y la noche es espesa,
nuestros padres y nosotros sembramos dientes de dragón.
Nuestros hijos conocen y sufren a los hombres armados.